

Gerardo Necochea

Dolores Pla Brugat

*Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*

México, INAH/Orfeo Catalá de Méxic/Libros del Umbral, 1999

Agradezco a Dolores la invitación para presentar su libro. Cuando acordamos invitación y aceptación, de manera rápida e informal como suelen ser las cosas en la Dirección de Estudios Históricos, no tenía idea de cuánto disfrutaría la lectura. Sin duda influyó en mi ánimo haber sido testigo por algunos años, gracias a la vecindad de escritorios, de los brotes reflexivos que ahora florecen en este libro.

Mi lectura de él no es la del especialista en el tema sino la de un lector informado. La comparto con ustedes con la intención de invitarlos a hacer la propia.

La historia de la inmigración tiene preguntas muy precisas que orientan nuestra investigación y posterior descripción. ¿Quiénes y cuántos migraron? ¿De dónde salieron y adónde llegaron? ¿Cuándo y cómo? ¿Qué hicieron en el lugar de destino? Estas interrogantes reciben puntual respuesta en el libro de Dolores Pla, razón suficiente para recomendar el texto a lectores movidos por la curiosidad de conocer aspectos de la inmigración de republicanos españoles a México.

La curiosidad no sólo será satisfecha sino también picada, ya que por contraste con lo que sabemos de otros procesos de migración, las respuestas resultan novedosas.

A los estudiosos de estos asuntos nos ha interesado, por ejemplo, el cómo de la migración. El problema cobró relevan-

cia debido a que muchos autores consideraban que entre los inmigrantes privaba la desorganización, el rompimiento cultural y el aislamiento social. En el último tercio del siglo xx diversos estudios han hecho énfasis en la llamada “migración en cadena”, es decir, que los individuos pocas veces llegan solos o permanecen aislados. Por el contrario, se desplazan en grupos y se unen a otros una vez que arriban a sus destinos, normalmente son parientes o paisanos. Estas relaciones de parentesco forman la cadena y propician la reorganización de las relaciones sociales y la recreación de un contexto cultural propio.

Dolores Pla menciona la migración en cadena en relación con los españoles llegados a México antes de la guerra civil. Lo hace justamente para destacar la diferente manera en que ocurre la emigración de quienes son expulsados por la guerra. Aunque viajaron en grupo, algunos con familia, carecían de lazos que los vincularan a su lugar de destino.

Las organizaciones de ayuda a los refugiados, sin embargo, sustituyeron muchas de las funciones que el parentesco tiene en la migración. Los costos del traslado, por ejemplo, usualmente absorbidos por el grupo de parentesco, fueron sufragados por el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles y el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles e, incluso, aportaron subsidios en efectivo y en especie

una vez que los refugiados arribaron a México.

Pla muestra que estas organizaciones también funcionaron como filtro. La afinidad ideológica y la membresía partidaria —y no las necesidades y vínculos familiares— fueron criterios importantes para seleccionar a los inmigrantes. Asimismo, el gobierno mexicano impuso diversos requisitos, pues prefería mayor número de agricultores y obreros que de intelectuales y profesionistas. El criterio político de las organizaciones, en la práctica contrario al criterio oficial, tuvo mayor peso y fue causa de fricción entre los refugiados y entre las organizaciones de ayuda y el gobierno mexicano.

Esto nos remite a la estructura de esta emigración. Las migraciones suelen comenzar con números reducidos de individuos relativamente bien situados para después convertirse en oleada masiva de desposeídos. Las cifras y composición que presenta Dolores Pla ofrecen un giro a esta visión convencional.

Efectivamente, los primeros en llegar fueron individuos que podríamos situar en las capas medias de la sociedad española, seguidos por aquellos social y económicamente menos afortunados. La diferencia, sin embargo, estriba en que los primeros en llegar fueron un grupo mucho mayor (alrededor de la cuarta parte) y en años siguientes la ola fue decreciendo.

Bien dice la autora que se trata de una migración “muy peculiar.” Este grupo, sin mediar la guerra, difícilmente hubiera emigrado. La explicación reside, por supuesto, en que fue una migración política —que la autora contrapone a emigración económica— y, más allá, en el carácter y razones de la guerra. La autora dedica un número considerable de páginas a explicar ese carácter y esas razones, para así entender por qué “el exilio se desgajó de los sectores más ilustrados, en términos de conocimiento, y más modernos desde la perspectiva económico-social.”

El asunto que más engarza al investigador —presumiblemente también al lector— es conocer qué hicieron estos inmigrantes una vez en México. Muchos estudios se han avocado a destacar las aportaciones hechas por estas personas a su nuevo hogar. Dolores Pla apunta que una porción significativa de la literatura acerca de los refugiados españoles ha explorado esta veta, en especial resaltando la obra de intelectuales y artistas. Su texto, sin embargo, se aparta de este tono de encomios. Más importante para su estudio ha sido conocer el impacto que la sociedad receptora tuvo en ellos. Con ese fin, la autora desarrolla dos líneas de exposición: la inserción económica y los ajustes culturales.

El estudio de la integración laboral es particularmente pertinente debido a la imagen desequilibrada de lo que fue el exilio.

Pareciera que a México sólo llegaron notables intelectuales y artistas cuya experiencia fue de éxito inmediato. El minucioso seguimiento que hace de los catalanes nos muestra algo distinto: los difíciles primeros pasos y la posterior diversidad de carreras laborales.

Una de las condiciones deseadas por el gobierno mexicano era que los recién llegados residieran en provincia, y de preferencia no en las grandes ciudades.

Tratando de satisfacer este requisito, las organizaciones encargadas del traslado y el asentamiento los enviaron a distintos lugares de la república. La autora describe el fracaso de esta iniciativa, tanto en pequeñas ciudades de provincia, San Cristóbal de las Casas por ejemplo, como en distintos esfuerzos por integrar los a poblados campesinos. Asimismo fracasaron los experimentos con colonias agrícolas. Las razones fueron variadas para cada caso pero una constante fue que nadie tenía idea de qué hacer con ellos ni había en qué se ocuparan. Cabe señalar que, no siendo una inmigración económica, estos catalanes no llegaron a México atraídos por polos de desarrollo económico que demandaban trabajadores. Así, su experiencia y expectativas encajaban mal en el México provinciano y rural de los años cuarenta. Por tanto, gravitaron hacia las grandes ciudades del país, en particular México y Guadalajara. Ya ahí, por razones de educación, iniciativa y accidente, tuvieron acceso a actividades en las que experimentarían una movilidad social ascendente. Aunque la autora señala que estas conclusiones se basan en una porción de los catalanes, para quienes existe evidencia, es muy probable que éste sea el patrón general.

Es importante detenerse aquí para señalar lo valioso de la historia oral que utiliza el estudio, porque si bien la evidencia cuantitativa se presta a generalizaciones, la cualitativa marca límites y variaciones. La autora utiliza los testimonios para dar cuenta de los distintos puntos de vista, maneras de relatar y sentir la experiencia laboral. Lo que para unos fue una aventura exaltada, para otros fue una confusión tortuosa, y otros más la sintieron como un surcar sin contratiempos. Respecto de las carreras laborales, en específico, hubo quienes al momento de ser entrevistados no sentían que su experiencia fuera de movilidad

ascendente. Por el contrario, comparado con las expectativas generadas durante su vida en España, consideraban que el destino les había quedado pequeño. La fuente oral obliga a la autora a prescindir de absolutos y generalizaciones fáciles.

Pero la fuente oral ofrece el privilegio de una mirada interna al proceso de integración cultural. Llevar la mirada en esta dirección lleva también a distinguir dos periodos para el estudio de los exiliados. Durante el primero, entre 1939 y 1946, pervive con fuerza la idea del regreso, incluso triunfal, a España. En esos años predominó la actitud de distinguirse tanto de los mexicanos como de los españoles antiguos residentes, y verse a sí mismos como refugiados republicanos. La esperanza del regreso inmediato desapareció después de 1946. En las tres décadas posteriores, la preocupación se centró en la cotidianidad de vivir en un nuevo país. En el transcurso de ese tiempo, argumenta Dolores Pla, los exiliados construyeron vidas en las que combinaron identidades.

Para la mayoría de los mexicanos, los transterrados republicanos eran refugiados españoles, y pasado el tiempo, simplemente españoles. Pero desde el interior del grupo, la relación con los españoles antiguos residentes fue ambigua. Los refugiados quisieron deliberadamente distinguirse de ellos. Por un lado, estaba la diferencia política respecto de los sucesos en España. Por otro, la diferencia de intención y actitud respecto de estar en México. Estas diferencias fueron evidentes sobre todo en las instituciones, ya que los recién llegados tendieron a formar las propias y mantenerse alejados de las ya existentes. Sin embargo, la vida diaria propició múltiples e importantes contactos. Muchos contaron con la ayuda de los españoles ya establecidos, de quienes recibieron pres-

tamos, ofertas de trabajo y otros apoyos. Los años redujeron el filo cortante de algunas diferencias, dando paso a un acercamiento mayor. Si bien los republicanos pudieron haber seguido un estilo de vida acorde con sus ideas, su patrón de inserción laboral en el tiempo fue parecido al de otros inmigrantes de la península ibérica. Asumieron identidad como españoles, vinculándose a los antiguos residentes, pero también de refugiados para destacar la distinción frente a los ojos de la sociedad receptora.

En el seno de los republicanos había diferencias, unas producto de la ideología, otras producto del sentimiento de nacionalidad. Por ello, el Orfeo Catalán fue excepción notable respecto a instituciones. Los refugiados catalanes inyectaron nueva vida a esta asociación, donde convivieron con viejos residentes, aun cuando fundaron organizaciones paralelas. Unos y otros compartían la idea de la autonomía para Cataluña y el propósito de mantener una identidad catalana. Finalmente, algunos añadieron de manera paulatina una identidad como mexicanos, y en esencia, los más jóvenes fueron quienes de hecho se formaron en México y cuyas relaciones y actividades los involucraron con mexicanos.

En fin, los republicanos constituían un grupo heterogéneo. Los individuos tejieron distintas redes de relación personal, bordando fino con los hilos de la edad, clase, ideología y nacionalidad. Por ello, Dolores Pla habla no de una, sino de múltiples identidades culturales.

Si bien el tiempo parece limar asperezas y permitir el apacible navegar entre diversas identidades, los testimonios que presenta la autora revelan tensiones importantes. Sin duda, había diferencia —en algunos casos insalvable— entre ser español, a secas, y ser refugiado español en México. Ello por supues-

to está en el corazón de la diferencia entre la emigración política y la económica que refiere la autora.

Los refugiados vivieron quizás el momento más definitorio de su existencia, la guerra y el exilio, llevados por su ideología. ¿Cómo reconciliar lo entonces vivido con la situación de vida en los años setenta y ochenta, cuando fueron entrevistados? Manuel Martínez Roca lo expresó con un dejo irónico "...ser millonario y ser comunista es poco difícil, pero... bueno" (345, n186). Carmen Roura y Luis Soberanes fueron contundentes: "La gente vivía bien... se habían aburguesado" (345), sentenció la primera. "Ahora los llaman gachupines a todos" (342), concluyó el segundo. Era, pues, posible pasar de ser "refugiado" a ser "español" pero no era un paso exento de conflicto interno.

Sentirse mexicano o sentirse español, igualmente, era como estar sentado en el filo porque, según explicó Ángel Palerm, siempre cabría la posibilidad de la aceptación afable o el rechazo cortante.

Uno de ellos ejemplificó esta tensión en una anécdota: "Una vez, un buen amigo —y sigue siendo amigo, a pesar de todo—, se emborrachó, empezó a insultarme, que 'gachupín desgraciado', ¿verdad? Le salió de lo más profundo. Y ya que le pasó, el hombre estaba llorando y pidiendo perdón" (356). Para complicar las cosas existía también el otro lado de la moneda, el prejuicio hacia los mexicanos, una actitud inconsciente de discriminación, como la calificó Antonio Ordovás en su entrevista.

Las múltiples identidades reflejan tensiones profundas en el proceso de adaptación cultural. Ello, por supuesto, apunta hacia nuevas preguntas que otros investigadores bien podrían tomar como punto de partida: ¿Cuándo se escoge una y cuándo otra de las posibles identida-

des? ¿En qué espacios y con qué propósito se negocian estas identidades? ¿Qué se transmitió a la siguiente generación?

El texto de Pla rebasa la historiografía preocupada por destacar las aportaciones de los inmigrantes. También agota su propia perspectiva, de cómo la sociedad receptora impactó a los inmigrantes. Sugiere, finalmente, un nuevo campo a explorar para los estudios de la inmigración en México, que tiene que ver con indagar cómo los inmigrantes se insertan en los procesos históricos de la sociedad que los recibe. Dolores Pla se ocupa en parte de este asunto, cuando señala la importancia del momento del arribo: un nuevo ímpetu de industrialización y crecimiento económico, que brindó la oportunidad de integrarse a un mercado de trabajo especializado. Ahora que este contorno está dibujado, sería importante reflexionar acerca de cómo influyeron en la sociedad que iba configurándose en la segunda mitad del siglo xx. Dolores Pla señala, por ejemplo, una característica peculiar de esa sociedad, la ambivalencia hacia lo indígena y lo español o hacia lo prieto y lo blanco. El fenómeno existe pero hay que reconocer que pertenece no a la sociedad mexicana en abstracto sino a las capas medias altas de ella, mismas a las que se integraron los exiliados. Habría entonces que indagar respecto a la influencia recíproca dentro del proceso cultural que conforma a estas clases media y alta en México.

La problemática se antoja importante en tanto extiende el camino marcado por la preocupación evidente a lo largo del texto: ¿Por qué ese reducido grupo —en la estimación de Pla no rebasa los 30 mil miembros— tuvo relevancia en la historia mexicana, más allá de las celebridades o de ser un capítulo honroso en la historia diplomática?